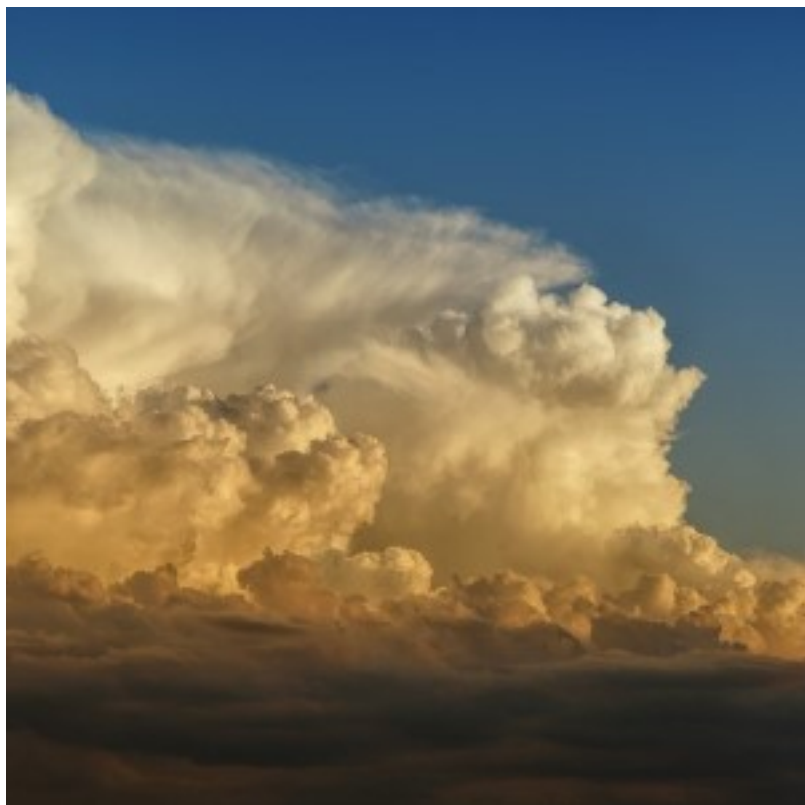


## Complejidad y paradoja



Leyendo recientemente las Cartas de Dorothy Day, me topé con esta frase, "sin duda necesitamos un Savonarola así como un San Francisco". Ella hablaba de lo que la espiritualidad necesita para ser sana y equilibrada. Eso desencadenó algo dentro de mí, algo que nunca he podido resolver. Siempre me he sentido cómodo, quizás demasiado, tanto en los círculos de piosos como en los de iconoclasia. Me atrae la calidez del Sagrado Corazón, aunque me estimule Nietzsche, y veo que el crudo sentido del humor de Merton surge de un lugar único dentro de él al igual que su fe, uno apoyándose en el otro.

Uno de mis escritores espirituales favoritos es el monje y ermitaño italiano Carlo Carretto. Cuando lees un libro de Carretto, nunca estás seguro de lo que te vas a encontrar a continuación en términos de piedad o de su (aparente) opuesto. En una página, puede ofrecer un juguete hecho a mano a la Santísima Virgen María para que se lo dé al niño Jesús y una o dos páginas más tarde ofrecerá una crítica mordaz al clericalismo o pedirá al Papa que cierre los seminarios actuales porque cree que los que se preparan para el sacerdocio deberían vivir con familias corrientes. Muchos conocemos su "Oda a la Iglesia", en la que se manifiesta tanto su piedad como su iconoclasia.

*Cuánto debo criticarte, mi Iglesia, y, sin embargo, ¡cuánto te amo!  
Cuánto me habéis hecho sufrir y, sin embargo, os debo mucho.  
Quisiera verte destruido y sin embargo necesito tu presencia.*

*Me has dado mucho escándalo y, sin embargo, sólo tú me has hecho comprender la santidad. Nunca en este mundo he visto nada más oscurantista, más comprometido, más falso y, sin embargo, nunca en este mundo he tocado algo más puro, más generoso y más hermoso. Muchas veces he tenido ganas de cerrarte la puerta del alma en la cara, y sin embargo, ¡cuántas veces he rezado para poder morir en tus seguros brazos!*

No hay muchos escritores espirituales que tengan este alcance en su teclado. Como dijo una vez Ernst Kasemann, el problema en la iglesia y en el mundo es que los piadosos no son liberales y los liberales no son piadosos. Carretto era ambas cosas. Podía amar a la Iglesia, intensamente, piadosamente, con una devoción casi infantil, incluso cuando dentro de esa misma devoción podía reconocer críticamente y hablar en contra de sus defectos. Esa es una capacidad rara, que se ve en algunos santos.

Dorothy Day, al igual que Carretto, era una mujer excepcionalmente piadosa, una defensora unánime de la castidad en los círculos en los que se movía, y una mujer que creía que la reverencia era una virtud moral no negociable. Sin embargo, al igual que Carretto, podía criticar con dureza la piedad cuando ésta era ciega ante la injusticia, el racismo, la violencia y la guerra. No es de extrañar que su santa favorita fuera Teresa de Lisieux, una monja piadosa escondida en un oscuro convento de Francia, que escribía tratados místicos sobre lo mucho que nos ama Jesús.

Además, esa santa patrona, Teresa, era ella misma un maravilloso ejemplo de una piedad que puede parecer sacarina y, sin embargo, tener una desarmante capacidad de perspicacia crítica. Teresa de Lisieux es la misma persona que, mientras se presenta en sus escritos como una niña pequeña, alguien sin importancia, la Pequeña Flor, puede girar radicalmente y convertirse de repente en la sabia y anciana Sofía, dando duros consejos espirituales: "Ten cuidado de no buscarte a ti misma en el amor, pues así acabarás con el corazón roto". Me pareció más valioso hablar con Dios que hablar de Él, porque hay mucho amor propio entremezclado con las conversaciones espirituales. No hay milagros, ni raptos, ni éxtasis, sólo servicio". Teresa tenía un teclado que podía tocar melodías muy diversas.

El difunto biblista irlandés Jerome Murphy-O'Connor solía decir (en parte, en tono de broma) que la coherencia es el producto de las mentes pequeñas. Lo que destacaba, por supuesto, era que las grandes mentes no son simples, que conocen la importancia de los matices, que no trabajan en términos de blanco y negro, que pueden mantener las cosas en tensión sin resolverlas prematuramente, y que pueden sorprenderte por igual en su capacidad de reverencia y de iconoclasia.

Jesús se ajusta a esa descripción. Escandalizó a sus contemporáneos y sigue escandalizándonos con lo que parecen incoherencias, pero que en realidad son la capacidad de una gran mente y un gran corazón para mantener la verdad en la paradoja, en la tensión. No es de extrañar que hoy haya tantas denominaciones cristianas. Nosotros, sus seguidores, no podemos mantener toda la verdad unida como lo hizo él y por eso vivimos trozos de ella en lugar de todo el Evangelio. Lo mismo podría decirse de otras grandes figuras de la historia, como San Agustín, a quien se cita alternativamente como raíz tanto de la ortodoxia como de la herejía en teología.

Hay, en efecto, contradicciones reales y auténticas incoherencias; pero también está la paradoja que se observa en las grandes mentes, mentes que saben exactamente cuándo honrar un icono y cuándo destrozarlo.

Ron Rolheiser

---

Publicado en Ciudad Redonda

[www.ciudadredonda.org/articulo/complejidad-y-paradoja](http://www.ciudadredonda.org/articulo/complejidad-y-paradoja)